

Recostado en el vientre nocturno de los mares

Juan José Cabedo Torres

Agosto de 2005

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

*Ya no te limites a respirar el aire que te rodea,
sino piensa también, desde este momento, en
conjunción con la inteligencia que todo lo
rodea. Porque la facultad inteligente está
dispersa por doquier y ha penetrado en el
hombre capaz de atraerla no menos que el aire
en el hombre capaz de respirarlo*

(Marco Aurelio)

No me gusta madrugar, ni la gente que sonríe antes de las diez de la mañana, así es que, si me levanto a las seis no es precisamente por gusto. A esas horas, como pueden imaginarse, las farolas yacen aún almacenadas en los depósitos municipales y nadie se ha ocupado todavía de desenrollar las calles. Decía mi abuela, una mujer de campo que madrugaba todos los días del año, que cuando los demás duermen un duende de calzones largos sobrevuela los tejados espolvoreando las fantasías que tuercen los corazones humanos. No sé. De niño madrugué una vez para ver si sorprendía a los Reyes Magos, pero como era febrero no quedaba de ellos ni rastro. Ahora que soy mayor me desperezo, salto de la cama y miro por la ventana. Me gusta sentir la noche en la cara y ese tacto metálico que tienen las aceras en la madrugada. Luego me pongo la radio, me afeito a tientas y me ducho, todo esto en sueños. Mi único desayuno es el cigarrillo que enciendo en el rellano y que consumo de tres caladas antes de alcanzar la calle.

Siempre he trabajado en Madrid capital, en una pequeña gestoría que queda muy cerca de mi casa, pero un día el jefe me llamó al despacho. Se había quitado la americana y llevaba flojo el nudo de la corbata. La gente es muy rara. Se ponen chaqueta para luego quitársela y se anudan una corbata para poder aflojarla. Ese día el jefe llevaba una camisa azul, de esas de mil rayas, con el cuello y los puños blancos. Nada más verlo me asaltó un recuerdo involuntario. Sin querer se me dibujó en la mente con todos sus detalles el babi que me ponían las monjas cuando estaba en párvulos. El jefe disertó durante tres minutos sobre la naturaleza cambiante de la economía, siempre fluctuando la muy puta entre los tipos de interés y las gripes asiáticas, y me despidió. No me quejo. Me indemnizaron con cuarenta y cinco días de sueldo por año trabajado y me quedaron dos de paro. «Alégrese. Es una jubilación anticipada» me dijo el muy cretino. Casi me sentí en la obligación de darle las gracias.

Aproveché los primeros días de mi nuevo estado para levantarme tarde. Incluso llegué a creermelo eso de que estaba jubilado. A las once salía a la calle, compraba el periódico y me iba al parque con una bolsa de pan duro para los patos. La verdad es que no sé por qué me dio por hacer esto. Seguramente lo habría visto en alguna película. Tengo en la cabeza un buen archivo cinematográfico y cuando me aburro reproduzco en mi vida alguna secuencia que me ha gustado. Pensarán ustedes que estoy loco, pero un invierno viajé a Nueva York sólo para comprarme una petaca de whisky, envolverla en una bolsa de papel, tirarme en el suelo y bebérmela junto a una alcantarilla humeante. Incluso puse un vaso de plástico con monedas a mi lado.

Dicen que cuando la vida se pone cuesta arriba siempre es porque necesitas aprender algo. Lo dicen los budistas, claro. El universo se toma muchas molestias para provocar una situación, digamos, didáctica, y si no la aprovechas tiene que volver a molestarse para organizarlo todo. A mí me parece muy de agradecer eso de que el universo se tome tanto trabajo en educarme. Yo, por ejemplo, en aquel parque, con una bolsa de pan duro en la mano, aprendí un par de cosas: que prefiero no tener demasiado tiempo libre, y que los patos huelen fatal en cualquier época del año.

Si no me gusta el tiempo libre es porque en seguida me pongo a pensar, y si uno piensa demasiado acaba averiguando cosas no muy agradables. Por ejemplo, que la vida es una lenta autodestrucción. De aquí a la idea de que la soledad y la muerte son las únicas realidades indudables no hay más que un paso. Los humanos somos expertos en maquillar las verdades mientras miramos hacia otro lado. Cuando dispongo de tiempo libre los pensamientos se estiran como una goma y se vuelven amargos. En mi mente las ideas se engarzan unas a las otras como cerezas y esto, al cabo de un rato, produce vértigo. Entonces el alma se me llena de obsesiones y ya estoy perdido. Por ejemplo, ¿han pensado alguna vez que si para tapar un agujero utilizan una cúpula lo que consiguen es duplicar el hueco? Pues eso, que parece una tontería, a mí me resulta inquietante y puede llegar a desasosegarme. Mi forma de luchar contra las obsesiones es buscar trabajo. No hay nada como una dosis diaria de alienación para no pensar demasiado. Encontré uno en la periferia. Muchas horas, poco sueldo y un cretino que te dice todo el rato qué hacer y cómo hacerlo. Perfecto.

A las seis no están puestas las farolas y a las siete el tren de cercanías es pura clase obrera. Aunque estoy medio dormido me gusta mantener en forma la mente calculando el punto exacto del andén que coincidirá con la puerta del vagón cuando el convoy se detenga. Es una de las herencias de mi abuelo. Él me inició en los viajes en Metro, y me enseñó que se gana tiempo si te montas en el vagón que coincide exactamente con la salida que te lleva a tu destino. Mi abuelo poseía mucha visión de futuro y dos o tres frases lapidarias. «El tiempo es oro» era una de ellas.

Yo tomo varias referencias para reducir el margen de error. Es mi aportación personal a las enseñanzas de mis mayores. Cuento tres pasos desde el banco que está bajo el reloj, busco un chicle petrificado en el suelo, que debió incrustarse durante la última glaciación y me coloco frente a una gruesa columna de hormigón que sujeta el voladizo de la estación de cercanías.

Gracias a esta disciplina cuando llega el tren ya se me ha despertado la mitad del cerebro, al menos la parte que utilizo para observar a la gente. Antes de continuar les advierto que mis neuronas son de segunda mano, lo que implica que he averiguado por mí mismo pocas cosas en esta vida. Una de mis escasas ideas originales es que observar a los demás me exime del trabajo de analizarme a mí mismo. No sé si han intentado alguna vez dirigir la mirada hacia dentro. Yo lo hice una vez y casi me muero de miedo. Fijarse en los demás es muy entretenido. El tiempo pasa más rápido y la gente, que es muy descuidada, deja emanar de su interior todo tipo de objetos emocionales. Cada día me encuentro por ahí tiradas cantidad de frustraciones, de recuerdos y de sueños.

Llega el tren y me siento frente a una mujer joven, alta, morena. Desde que madrugo, coincidimos todas las mañanas, menos los jueves. Sé pocas cosas de ella. Que cruza las piernas como en las revistas y que le gusta viajar de espaldas a la marcha.

Aunque mi cuerpo sigue medio dormido, mi libido está permanentemente en pie de guerra. Cualquier detalle insignificante es capaz de animar una de mis

fantasías. La mujer cierra los ojos y reclina la cabeza en el respaldo. La belleza se desprende de la hermosa durmiente y se me enreda en los ojos como la urdimbre de un sueño.

A pesar del tiempo que ha pasado desde mi primera erección me sigue sorprendiendo el poder del sexo para invadir por completo los vericuetos de mi mente. Cuando se dispara la feromona todas las tensiones que hacen de mí un ser humano convergen en un solo punto y no dejan resquicio para ningún otro tipo de sentimiento. La sangre abandona el cerebro y se concentra en el pubis, donde hace crecer una segunda cabeza que asume por delegación las funciones de la primera. Si por algo deseo envejecer es por librarme de una vez de la tiranía del sexo. Cada vez me molestan más los movimientos involuntarios de mi mente, y éste, por muy natural que sea, por muy enfocado que esté a la perpetuación de la especie, no deja de ser uno de ellos.

En cuanto a las fantasías sexuales, mi mente no da para mucho. En realidad da para poco casi siempre. El caso es que cuando me pongo cachondo casi siempre me imagino lo mismo: que la mujer que se sienta frente a mí se humedece mientras la miro, que mis pupilas recorren su cuerpo marcando el camino de los besos y que eso la pone más caliente que una termita. Cuando la tengo como un volcán la mujer me implora que la satisfaga allí mismo, a cuatro patas en el pasillo. «Hazme tuya como a una perra, cabrón, fóllame», grita. Yo la follo: dentro-fuera, dentro-fuera, dentro-fuera un ratito, la cosa va subiendo, llega el oh, ah, oh, ah y ya está. Me gustaría ser como los animales, que no piensan en el sexo ni antes, ni durante, ni después de hacerlo. Lo practican cuando se lo pide el cuerpo, y a otra cosa, que la vida son dos días.

Una vez que se ha disparado la fantasía, ya no hay nada que hacer, así que no lucho. Es una batalla perdida. Simplemente me dejo llevar y disfruto de ella en la medida de lo posible. Cuando era más joven creía en mi inocencia que las fantasías existían para que yo las pusiera en práctica. Mi cerebro era un órgano que servía para prefigurar en la mente lo que habría de vivir en el futuro, y esto no sólo en lo que se refiere al sexo, sino a cualquier aspecto de mi vida. Creía que la imaginación era la guía que me mostraba el camino, una especie de explorador que se sube a los oteros, lo que le proporciona un punto de vista privilegiado sobre el futuro.

El siguiente paso en esta línea de pensamiento fue considerar que el camino no estaba hecho sino que lo iba haciendo a mí gusto. Las cosas ocurrían en mi mente y luego la realidad se amoldaba a ese esquema. La vida estaba hecha a mi imagen y semejanza y yo era el rey de la Creación. Luego ni siquiera llegué a rey del mambo. Yo creo que la culpa fue de una interpretación torcida de una canción que escuchaba en los guateques: caminante, no hay camino, se hace camino al andar. Entonces me pareció muy profundo. Ahora me parece filosofía gallega.

Sea como fuere, el caso es que durante bastante tiempo pensé que el futuro estaba hecho de una materia moldeable por los dedos de mi mente. Como pueden suponer, hacía el ridículo que era un gusto. A base de golpes aprendí que las fantasías no están en mí para vivirlas, ni para sustituir a la vida, ni para complementarla. Si quieren que les diga la verdad, no tengo ni idea de para qué

sirven las imágenes que segrega sin cesar mi cerebro, pero el caso es que a mí se me va la olla que es gloria verlo.

A la mujer que se sienta frente a mí y que ha entreabierto los muslos mientras echa una cabezada no se me ocurre decirle «qué bonitos ojos tienes» cuando despierte. Si lo hiciera el encanto se desvanecería al instante y en el hueco vaporoso de lo soñado se instalaría de inmediato la realidad con una contundencia que asusta.

En vez de tirarle los tejos a la mujer entro en el váter y me la machaco. Es mucho más práctico. Además, así me evito enredos emocionales, que siempre me complican mucho la vida. Nunca he sabido manejar las relaciones con los otros, y con las mujeres, ni te cuento. Sin embargo, para compensar esa carencia, soy experto en pelármela. Es una actividad mucho más sencilla, y sin efectos secundarios. Aquello que decía el padre Pío de que se te seca la médula espinal era mentira. Cuando me la pelo fluye el delirio que me envenena por dentro, salpica el mamparo y ya está. Salgo con el cerebro más despejado y puedo dedicarlo a observar a los otros.

Me gusta adivinar cómo será la vida de mis compañeros de vagón. Estoy convencido de que, a pesar de las apariencias, los seres humanos somos bastante limitados. Combinando caracteres y circunstancias se pueden llevar, a lo sumo, unas pocas docenas de vidas, lo cual no es mucho si tenemos en cuenta la cantidad de especímenes que pueblan la tierra, cada uno con un rostro y una complejidad diferentes. Yo creo que esto de la individualidad es una de las ideas que más daño han hecho a la especie humana. Está también lo del pecado original, pero a mí ese concepto me parece más inofensivo. Al fin y al cabo el pecado de nuestros primeros padres consistió básicamente en mirar por la cerradura para saber más de la cuenta. En realidad era Eva la que parecía interesada. A Adán le daba lo mismo. Él prefería estar tumbado en la hierba sin hacer nada. Relacionado con el pecado está el asunto del Diluvio: Dios, arrepentido de haber creado al ser humano, destruye su propia obra. Interesante.

Dejando a un lado pecados y diluvios, lo que es indudable es que los rasgos faciales, las huellas dactilares y el ADN nos hace vivir en la ilusión de ser únicos e irrepetibles. De esta ilusión se derivan algunos problemas y la mayoría de los conflictos. Pero vivir es lucha y conflicto, qué carajo. El que no quiera problemas, que se lo hubiera pensado antes de venir. Esto es lo que hay.

Volviendo a las vidas que se pueden vivir, creo firmemente que a cada uno de nosotros, antes de nacer, cuando no es más que un humillo o un ectoplasma, nos muestran el catálogo de las existencias posibles y cada uno elige la que más se amolda a sus pretensiones. Luego naces y se te olvida, ocupado como estás por pasar por un agujero tan estrecho, elástico pero estrecho. Se te olvida quién eres y qué tienes que hacer, lo cual, bien mirado, es una putada que te obliga a invertir más de la mitad de tu tiempo en buscarte a ti mismo, como dicen ahora los psicólogos de los culebrones. Y no es tiempo lo que sobra, si tene-

mos en cuenta la cantidad de tareas pendientes.

La mujer que cruza las piernas como en las revistas se ha bajado. Ahora me fijo en un joven de perilla que abre el macuto y saca de él un libro. Es un libro blanco y tiene unas letras chinas en la tapas. Supongo que tratará de cómo adivinar el futuro arrojando sobre una mesa palillos de colores, o a lo mejor te enseñan a trazar el plano de las corrientes psíquicas que circulan entre los hombres. Estas corrientes, según el libro, nos vinculan entre nosotros de una forma misteriosa e insospechada y conectan el cuarto chacra con el magnetismo de la tierra. Ahí es nada. Las corrientes psíquicas no se ven, pero están ahí. Son como la electricidad, que ordena nuestras vidas y nosotros sin enterarnos. Al fin y al cabo la tierra no es sino una inmensa pila con su polo positivo y su polo negativo.

El joven de la perilla lee este tipo de frases y abre un poco los ojos, no mucho. Un asombro limitado le dilata las pupilas. El joven de la perilla no sabe que el cerebro humano está diseñado para ignorar algunas cosas. Por eso lo invisible siempre da mucho juego a los santones, y bastante pasta a las editoriales. El zodiaco, los ovnis, la vida secreta de las plantas, las pirámides egipcias, cualquiera de estos temas presentado de forma sugestiva tiene, generación tras generación, un público numeroso de gente inquieta que se aburre.

El joven de la perilla tiene pinta de trabajar en un taller mecánico. Yo creo que se pasa la jornada limpiando carburadores y apretando bielas. Los compañeros le miran raro porque cuando bajan a desayunar al bar él hojea el periódico en vez de hablar de fútbol, y los sábados nunca se va de putas. De cuando en cuando se le cruza por la cabeza el relámpago de una idea nacida Dios sabe en qué oscuro abismo de su cabeza. Entonces visualiza en la pantalla de su mente cómo habría sido su vida si no hubiera dejado el colegio, si su padre no hubiera sido un borracho que le despertaba los viernes de madrugada y le pegaba, si su madre no se hubiera dejado la vista cogiéndole puntos a las medias. La vida es misteriosa y sorprendente, piensa el joven de la perilla. Cualquier pequeño detalle puede alterar las corrientes de energía, y entonces todo cambia. Al menos eso dice la solapa de su libro.

El tren arranca. En el último momento, entre la urgencia de los pitidos, han subido dos hombres demasiado maduros para la ropa que llevan. Los veo desenfocados, como si no concordara la superficie de su vida con la profundidad de su existencia, como si un desajuste esencial los volviera unos seres vibrantes a mis ojos. O a lo mejor simplemente empiezo a necesitar gafas para lejos. Los hombres ríen, todavía excitados por la carrera y hablan a voces. Es lunes, y probablemente aspiren a prolongar hasta el martes el colocón del fin de semana. Hablan de motos, de coches, de chicas. No tengo párpados en los oídos, pero sí un par de piernas, así que me levanto y me cambio a un vagón más silencioso.

Al observar a las personas me doy cuenta de que casi todas ellas construyen su vida sobre un único recuerdo, que suelen almacenar en el rincón más oculto de la memoria. A veces, obedeciendo a unas leyes misteriosas, el episodio

aflora con una intensidad tal que adquiere en el proceso la cruel textura de una experiencia vivida. Cuando esto ocurre los cuerpos resplandecen por un instante y alrededor del cráneo se forma un aura bastante tenue, como la pelusa que queda en el suelo después de planchar las sábanas. Alguno incluso levita.

Cuando camino hacia el siguiente vagón me tropiezo con uno de esos recuerdos que han emergido del fondo de la conciencia. Al parecer el propietario se ha asustado de sus propias emociones y ha salido corriendo. El recuerdo ha quedado allí, en medio del pasillo, atrapado entre dos segundos, como un bucle que se repite una y otra vez en un pliegue del tiempo. No es muy alto y ocupa poco espacio, así que me acerco con cuidado y me pongo en cucullas. No se distingue muy bien, pero parece una niña de unos seis años montada en un caballo de madera. La niña se balancea cada vez con más ímpetu, pero el caballo no avanza, sólo cabecea torpemente con una oscilación que vuelve el vaivén cada vez menos divertido. Me acerco más. Algo se refleja en su pupila. Me acuerdo del ojo de una liebre que vi una vez en un museo. La imagen está deformada, pero a mí me parece que es otra niña montada en una bicicleta roja y blanca. La niña frunce el entrecejo. Ella no quiere acunarse en un caballo que no avanza. Prefiere sentir el viento en la cara montada en la bici de su hermana. Siempre son más interesantes los jardines ajenos, porque en ellos no hay nada real, en ellos todo es posible. La niña todavía no sabe que viajar no es sólo desplazarse en el espacio. Nadie le ha enseñado aún a viajar hacia dentro.

Entro en el siguiente vagón y me siento junto a una mujer de mediana edad. Se ha hecho trencitas en la cabeza y luce un piercing en el ombligo arrugado y marchito. La mujer ha estirado las piernas y las descansa en el asiento. Me fijo en las varices, que con un poco de suerte alguna vez fueron el camino de los besos, y en los pies hinchados y deformes. Se ha puesto unos auriculares en los que se escucha muy bajito

Hoy he vuelto a pasar por aquel camino verde.

De cuando en cuando la mujer dice en voz alta «Je, importado, pero no importante». Luego cierra los ojos y sigue escuchando.

El problema de observar a la gente en el tren, o en cualquier lado, es que antes o después uno elabora una teoría. Yo me resisto todo lo que puedo, pero es inevitable. Esto de las teorías es muy curioso. Casi ninguna explica nada, porque, a pesar de las apariencias, no es ésa su función. Las teorías no se elaboran para desentrañar ningún misterio sino para amortiguar el desasosiego que produce lo inesperado. En definitiva, no son más que un intento de controlar el futuro, un intento de controlar lo incontrolable. Esto que pasa, volverá a pasar, dice el teórico, si se dan estas circunstancias. Cuando ocurre lo previsto se desvanece el miedo que genera el vacío que se abre ante nosotros como un abismo de tiempo. Pero la realidad maneja una lógica misteriosa e imprevisible que contradice todos los esfuerzos de los hombres.

Mi teoría sobre la gente tiene varios ítems y algunos apartados. Parto de la base de que el rasgo que diferencia a la especie humana del resto de los ma-

míferos es el deseo de lo que tiene el vecino. Llegué a esta conclusión tras muchas mañanas observando a la gente en el tren. No sé si a la vaca le parecerá más verde y jugosa la hierba que rumia la vaca vecina, pero a nosotros, desde luego, sí. Lo del otro genera un atractivo difícil de resitir. Si a esto añadimos el inefable cosquilleo que genera lo prohibido, que se suele encontrar en el prado de al lado y al que se accede tras saltar la valla, la conclusión es obvia: la mayoría de la gente vive de reajo.

Además, al desear lo del otro penetro de paso en el mundo de los desconocido, un territorio tan inexplorado como imaginario donde puede pasar cualquier cosa. El universo de lo posible empieza donde termina la esfera de la realidad. Esto se aplica a las cosas y a las emociones. Tomemos, por ejemplo, el amor. El amor suele durar mientras la vida del otro es un enigma, es decir, mientras el otro mantiene su condición de territorio virgen. Cuando el amor se retrotrae a los límites de lo real, esto es, cuando descubres que esa mirada melancólica y profunda no es sino el síntoma de una digestión pesada o un picor en la espalda, el amor muere.

Mi cabeza entrelaza con los sutiles hilos que segrega el pensamiento esta primera parte, que podría llamarse la teoría de lo inexplorado, con la segunda, a la que denomino, no sé si con mucho acierto, teoría del fragmento. Aquí me baso en uno de los principios que maneja la arqueología. Para un arqueólogo la presencia de un trozo de vasija implica la vasija entera, de la misma manera que un paleontólogo puede reconstruir a partir de una muela todo el esqueleto del homo antecesor y deducir incluso si padecía infecciones o si se la pelaba demasiado.

En mi caso el perfil de un rostro, una manera de andar, el olor de una mujer es el fragmento a partir del cual mi cerebro genera de forma automática todo un universo. No sólo reconstruyo el aspecto físico de la persona sino que también doto a ese ser que genera mi mente de unos recuerdos tan vívidos que actúan en el presente y se proyectan hacia el futuro en forma de obsesiones. De ello se deduce, de manera un tanto tangencial pero cierta, una tercera teoría: a pesar de las apariencias, vivimos permanentemente en la infancia. Pero éste es otro asunto, que ocuparía varios libros.

Lamentablemente ninguna de mis reconstrucciones resiste un mínimo contraste con la realidad. Me ocurre con frecuencia que miro a una mujer y pienso “Se derrama sobre las cosas como una lluvia fina de amor que deja vacía el ánfora de su cuerpo”. Si lo dejo ahí, en una frase más o menos acertada, no hay problema. Incluso es bonito y algo poético. Ahora bien, si luego conozco lo suficiente a la mujer resulta que esa mirada sugerente que ha hecho brotar en mí un pensamiento tan delicado no es más que la expresión de quien intenta tirarse un pedo y no le sale, o de quien le duele la rodilla porque va a cambiar el tiempo. Es el contraste con la realidad, que alguien llamó desencanto.

Con las gafas del desencanto bien caladas compruebas que quien te fascina por su delicada sensibilidad de diosa no es más que una lectora de best-sellers, y que a aquel otro en realidad no le gusta Mahler, a pesar de esa melena tan estilosa, sino Sergio Dalma. Pasar de la posibilidad a la realidad siempre es

educativo. Si quieren una metáfora que englobe todo el proceso de mi mente, les propongo ésta: cuando en mí entra un grano de arena construyo a su alrededor una perla que a la postre resulta ser de plástico japonés.

Tampoco está tan mal que las cosas sean así. Sobre todo hay que intentar no amargarse. En definitiva el deseo de poseer lo que hay en el patio de al lado es lo que mueve el mundo. Dicen que la fruta robada sabe mejor. Luego los hay más audaces y más timoratos, gente que se conforma mejor que otra, igual que hay mujeres que toman bien por el culo y con otras no hay manera. Unos seres humanos son como los salmones, siempre intentando remontar el río hasta su nacimiento. Deben creer que allí se desvelará la Gran Cosa, que por allí cerca, tras la cascada, por ejemplo, está la entrada a los Campos Elíseos. La vida es conflicto para ellos, y si no pelean un rato todos los días no están a gusto. Otros, en cambio, más acomodaticios, y seguramente más sabios, se asemejan a la brisa que peina la hierba de los prados y su objetivo es palpar al mismo compás de la vida. Para un tercer grupo no merece la pena molestarse, y las uvas están siempre verdes. Éstos son los que se planchan en el sofá, se ven toda la programación de la tele, y cuando rondan los cincuenta se preguntan por qué su vida es una mierda. Yo no sé con precisión a cuál de estos grupos pertenezco. Sólo puedo decirles que la metáfora que mejor define mi relación con la vida es la del viento jugando con una bolsa de plástico. Yo soy la bolsa, claro, una bolsa de Carrefour, por ejemplo, en un aparcamiento vacío un domingo por la mañana. El viento me lleva hacia allá, hacia acá, me hincha, me deforma, me enreda en los remolinos de basura o me aplasta contra el suelo. Y voy a dejarlo aquí con su permiso. Me he puesto demasiado filósofo y empieza a dolerme la cabeza de tanto darle a la neurona. Mi cabeza nunca para, y si me dieran un céntimo por cada reacción química que se produce en ella al día de hoy sería el tío Gilito. Disculpen si les he hecho pensar demasiado, pero es que a los que madrugamos tanto nos queda tiempo para todo.

En algún sitio leí que acercarse a una persona es asomarse a un misterio. No sé muy bien a qué tipo de misterio se refiere la frase, aunque me imagino que quiere decir que cuando ves a alguien por primera vez le construyes un pasado misterioso y un futuro imaginario, es decir, lo conviertes en personaje de una película que sólo se proyecta en tu cabeza. Es muy poético eso de pensar que a los seres humanos nos envuelve una especie de niebla y que conocer al otro es una aventura que dura toda la vida. Yo, personalmente, no creo que sea para tanto, pues como les decía un poco más arriba, creo que una vida se parece bastante a todas las vidas. La originalidad es un invento de los artistas, que piensan que una cierta habilidad técnica los convierte en irrepetibles, pero incluso ellos pintan una y otra vez el mismo cuadro.

Hoy todos los periódicos que regalan en el Metro traen en portada la misma noticia. Una madre ha ahogado en la bañera a sus dos hijos y se ha arrojado por la ventana del patio de luces. Yo creo que ha elegido esa ventana y no una que dé a la calle porque en esa habitación es donde había instalado el cuarto de

la plancha. No es lo mismo salir volando del salón comedor, donde tienes una mesa de Ikea y una Santa Cena conceptual que del lugar donde has pasado tanto tiempo planchando que prácticamente es un segundo útero. En cualquier caso, en su vuelo ha ido tropezando con las cuerdas de tender la ropa y no se ha matado, seguramente porque Dios no ha querido. A veces Dios es cruel y te condena a vivir. El padre ha regresado después de haber estado repartiendo bollería desde las seis de la mañana y se ha encontrado con el panorama. Los vecinos dicen que era una familia normal y que ella parecía una buena madre. Los vecinos de los periódicos siempre dicen algo así. Parecía normal. No sabemos por que le dio por trocear a la gente con una sierra mecánica. Lo que es indudable es que Dios estaba allí y no hizo nada. Esto no lo dice el periódico, claro, esto lo deduzco yo. Él sabrá. Sin duda los caminos del Señor son inescrutables. Hoy todo el mundo está impresionado, seguro que se comenta en los portales y en las peluquerías, pero mañana nadie se acordará de la madre de Barcelona que ha ahogado a sus hijos en la bañera y que se ha tirado por el patio.

Hoy también ha ocurrido algo extraño. Me he sentado frente a un hombre que me ha saludado como si me conociera de algo. Yo, la verdad, no lo recuerdo. Luego se ha presentado a sí mismo con unas maneras que no corresponden a estos tiempos. Me ha dicho que se llama Giorgi. Giorgi es búlgaro. Ha atravesado Europa para trabajar en una fábrica de azulejos. Pensaba que me iba a pedir dinero, o trabajo, o relaciones sexuales, o que quería venderme una enciclopedia, pero no, simplemente quería hablar conmigo.

-La vida no es un camino de rosas, - me dice Giorgi cuando se despidе. Yo miro por la ventanilla para comprobar si es cierto, pero desde aquí sólo se divisa el atasco de la autopista.

La gente se olvida en el tren todo tipo de objetos: pañuelos, cortaúñas, una manzana. La mayoría son cosas que guardan en las mochilas. Las sacan para algo y luego no se acuerdan de volver a guardarlas. La RENFE debería contratar a algunas madres para regañar a estas personas, una especie de madres de alquiler que recordaran a los despistados cuáles son sus obligaciones. También, de cuando en cuando, me encuentro algún otro objeto salido no de una mochila, sino de una cabeza, que en cierto modo también es una mochila, pero de otra manera. Lo que más olvida la gente son recuerdos. A veces pienso que se desprenden a posta de ellos. El martes pasado volví a encontrarme uno. Estaba entre un chicle pegado y unos apuntes de Física. A pesar de su naturaleza vaporosa y bastante intangible, los recuerdos se reconocen con facilidad porque tienen la misma textura que los sueños.

El recuerdo del otro día estaba bastante pisoteado y se leía mal, así que renuncié a descifrarlo. Sin embargo el que me he encontrado hoy está en excelentes condiciones, realmente muy bien conservado. Se nota que su propietario es una persona cuidadosa. Lo he visto de casualidad en el portaequipajes porque emitía destellos azulados. Se estaba resbalando y lo he sujetado con el pensamiento. He mirado a un lado y a otro, por si andaba todavía por allí el dueño,

pero ya debía haberse bajado. Me levanto y lo cojo con cuidado. Palpita en mis manos como un pollito recién salido del huevo. Cuando lo abro veo que contiene una tarde de verano. El sol acaba de ponerse y la luna asoma por el horizonte rotunda, blanquísima, casi metálica. El calor acumulado durante el día empieza a desprenderse lentamente de la tierra y regresa al cielo, de donde procede. Un niño, cuyo rostro no distingo, camina de la mano de una anciana que se apoya en un bastón. La anciana y el niño doblan la esquina, atraviesan el descampado donde hay dos o tres camiones aparcados entre grandes manchas de aceite y entran en la feria. Hay mucho polvo, un ruido ensordecedor y risas revoloteando por doquier como mariposas en busca de un rostro donde posarse. Al fondo gira la noria. La anciana se detienen en un puesto y le compra al niño algodón de azúcar. Dos hombres discuten. Las navajas relucen como el lomo de un pez asustado. Huele a churros, a sudor, a fiesta.

Ha subido un hombre delgado. Tiene la mirada huidiza y un aspecto extraño. Lleva un abrigo largo y un sombrero pasado de moda. Dice algo que no entiendo, junta los talones e inclina la cabeza. Luego desenfunda el violín que trae bajo el brazo y toca con delicada sensibilidad la sonata de Vinteuil. Cierro los ojos para que la música circule libremente por mi cuerpo.

A veces siento que la imaginación se desprende de mi cerebro y vaga caprichosamente por el espacio donde sobreviven los sueños.

Cierro los ojos y escucho la música. No pienso nada. Sólo siento en la piel cómo fluye la vida hacia el escueto hueco donde se detiene el tiempo.

-Disculpe mi atrevimiento, pero le he visto tomando notas en la libreta y he sentido curiosidad. ¿Qué está escribiendo?

Quien habla es una mujer de ojos claros y mirada profunda, una mirada capaz de atravesar la pupila de su interlocutor y desvelar el pensamiento más escondido. Me presento con una leve inclinación de cabeza y media sonrisa en la cara. Ella se llama Ionela y es rumana.

-Escribo lo que veo,- le contesto

-Esto de la mirada es muy asombroso -me dice inesperadamente.- Yo, a veces, veo líneas donde sólo hay transparencia. En mi cabeza las cosas se conectan de una extraña manera, como si algo las extrajera de su curso y un misterioso fulgor las aunara bajo una fina epidermis de luz. A veces miro a mi alrededor y me parece que he muerto. Paseo por el bosque y siento bajo mis pies las raíces de los árboles que horadan la arcilla como dedos que buscaran desesperadamente el contacto con otros dedos. Miro la tierra trasparente bajo las plantas y siento las raíces de cada árbol conectadas a las venas de la tierra. Miro el cielo y las ramas se elevan como una plegaria. En mi país me abrazaba al tronco de los abedules para sentir cómo mis venas se fundían con la savia, cómo fluía por ellas el latido que emerge de la tierra. Cuando la vida me atraviesa así el cuerpo, lo purifica de todas las inclemencias y asciende por las puntas de mi cabello hasta las estrellas. -Ionela se detiene y reflexiona un momento.- A lo mejor podrías escribir todo esto.

Escucho con atención lo que dice Ionela. Los locos y los genios ven lo que la realidad vela a los otros. Sus palabras engendran en mi cerebro un pensamiento automático que no es sino la forma abstracta en que se presenta un recuerdo cuando se despoja de las circunstancias concretas. Pienso en lo visible y en lo que palpita tras las apariencias, pienso en lo real y en lo posible. Pienso que el único lenguaje que me interesa es el que hace emerger la verdad que duerme en las cosas.

-Sin embargo los hombres se suelen servir de las palabras para ocultar sus pensamientos. Luego, ya puestos, se valen de sus pensamientos para justificar sus tropelías,- me susurra un ser diminuto de peluca empolvada que al instante se sumerge de nuevo en mi cerebro.

Estoy a punto de contarle todo esto a Ionela, pero en vez de hablar, la observo. Tiene manos delicadas, y unos dedos largos y finos de pintora.

El violinista se quita la bufanda, la dobla cuidadosamente y la introduce en el bolsillo del abrigo. Luego se concentra en los primeros pentagramas del concierto para violín y piano de Ludwig van Beethoven. Dos ángeles tristes y encorvados como gárgolas le sujetan la partitura. Son tan parecidos que parecen labrados de la misma lágrima. A intervalos regulares vuelven la cabeza con movimientos de autómatas y musitan:

-Que no quiero verla.

Ionela me habla de sus días de escuela.

-Me sentaba en el pupitre de madera que tenía un hueco para el tintero. Cuando levantaba la tapa de la cajonera olía a mantequilla rancia. Las clases eran muy aburridas y los maestros ignoraban casi todo lo que a mí me interesaba. A veces me imaginaba que era una célula, pero me pasaba la mayor parte del tiempo dibujando en el cuaderno. Mi mente se prolongaba en la mano que sujetaba el lápiz. Así tejía, línea a línea, un capullo que me aislaba de las miradas mientras me transformaba de dentro afuera, como un fruto.

Ionela se mira la yema de los dedos cuando habla.

-Siempre me ha costado trabajo reconocermé en las fotos. Por eso pinto, con la esperanza de hallar entre los límites del marco el cuadro que me devuelva mi imagen reflejada. Cuando era pequeña mi madre me sentaba en su regazo y me mostraba los álbumes de fotos. A veces se detenía en una página y señalaba con el dedo. «Esa niña sentada en la hierba eres tú». Yo también miraba, pero sólo veía un bebé de muslos rollizos con un babero demasiado grande. En el colegio, un jueves, en vez de hacer las cuentas, tracé una raya diagonal en el papel cuadriculado. Entonces descubrí que las líneas son al mismo tiempo contradictorias y mágicas, porque separan espacios, pero acercan universos. -Ionela inspira lentamente y suelta el aire muy despacio. -De eso hace ya mucho tiempo. Ahora sólo voy de casa al trabajo y del trabajo a casa. Ahora ya no pienso nada.

Ionela se despide cuando llega su parada. Le esperan ocho horas limpiando oficinas, supermercados, bloques de pisos, parques acuáticos, lo que salga.

Un hombre alto de pecho abombado se acerca al violista. Le susurra algo al oído. El violinista se queda pensativo unos instantes y finalmente asiente. El hombre se aclara la garganta, extiende la mano como si desplegara un ala y canta con una hermosa voz de barítono. Creo que es un aria de Haendel.

Su canto penetra por los poros, invade el corazón y remueve los recuerdos posados como las capas de luz que ha filtrado las hojas de un castaño. El aria despierta un pensamiento antiguo, casi olvidado, como un finísimo hilo de cobre sepultado en un ovillo de lana. Escucho al barítono y recuerdo que un día, cuando aún era un niño, decidí volverme loco. Sé que mi cabeza infantil fundamentó esta decisión en multitud de razones lógicas, pero la verdad es que las he olvidado.

-Te voy a proponer una adivinanza.

Quien habla es una mujer joven que se ha cortado el pelo como un hombre y avanza cojenado por el pasillo sobre su pierna ortopédica.

-En un pueblo de la provincia de Granada, a la hora de la siesta, ha parido una perra. Los adultos han decidido matar a los cachorros. Hay diez niños en el pueblo. Nueve discuten alborozados la forma de hacerlo. Unos proponen tirarlos a la acequia; otros prefieren estrellarlos contra la tapia del corral; un tercer grupo propone matarlos a perdigonazos. Nueve discuten y uno está horrorizado pensando cómo puede salvarlos. Averiguar en menos de cinco segundos qué niño tendrá serios problemas para no autodestruirse antes de llegar a viejo.

No sé si a ustedes les pasa, pero a mí me resulta difícil identificarme en la memoria. Pienso con frecuencia en aquel niño que de mayor quería ser loco, incluso soy capaz de visualizarlo cazando avispas en un regato una mañana de verano. Luego me miro las manos y me resulta extraño pensar que en ellas estén contenidas aquellas manos. Conservo muy pocas fotos, apenas dos o tres. En una de ellas estoy sonriendo a la cámara mientras sujeto por el manillar una bicicleta que me han prestado. Es una bicicleta de chica, sin barra, y con una red en la rueda trasera para que no se enreden las faldas. Observo la foto y no me reconozco, y sin embargo cuando miro a ese muchacho de pantalones cortos y piernas magulladas no puedo evitar pensar que también él me está mirando desde alguna profunda región de la memoria.

A veces sumergirse en el pasado es como caminar por el cuarto de los espejos, donde inevitablemente las sensaciones se desdobl原因. El niño que fui me mira desde la foto, pero también el anciano que seré dentro de unos años me está observando mientras escribo estas palabras. El viejo me mira y sonrío. Me gustaría saber qué están pensando. El pasado es una frágil sombra de la memoria, apenas un fulgor de lo vivido y el presente es un sueño que crece dentro de mí como un cáncer. El tiempo se detiene en la escritura, y en ese remanso se multiplican las perspectivas simultáneas.

Antes les hablaba de estas cosas a la gente porque creía que también a ellos les pasaban. Al fin y al cabo todos tenemos un cerebro parecido, lo que pasa es que cada uno le da un uso distinto. Cuando le cuentas a alguien que en ti se detienen las horas, que a veces todo se sosiega en un presente simultáneo

donde se suman todos los presentes, te mira como si acabaras de descender de una nave espacial. Quizás ésta sea mi locura, ver el perfil de lo invisible y no poder callarlo. Quizás yo sea la encarnación del sueño de aquel niño que quería volverse loco.

La primera vez que pensé en la demencia la vi como un viaje inverso. Siempre me ha fascinado la posibilidad de darle la vuelta a algo, siempre me ha asombrado los movimientos que descubren el reverso de las cosas. Los calcetines, un guante, el envés de un tapiz, las nervaduras de las hojas, los espejos, los patios de luces. Cuando iba al colegio el mundo era uno y cuando volvía era el mismo, pero al vesre. Me maravillaba esta peculiaridad del universo de tres dimensiones. Luego me enteré de que el espejo no te devuelve la imagen real de ti mismo, a pesar de las apariencias, sino que te da la vuelta. Quizás la vida no sea más que una cuestión de perspectiva, como en el tren, como en los folios de los manuscritos medievales: Paisaje recto cuando vas, paisaje virado cuando vuelves. Nunca es el mismo camino, aunque lo parezca.

Giorgi acerca su rostro a mi hombro y me palmea la pierna.

-Dios protege a los locos, -dice.

Giorgi se esfuerza por hablar correctamente el castellano. Ahora está absorto trazando con el dedo el óvalo de su cara en el cristal de la ventana. Quizás la verdad sólo brota de la superposición de las imágenes que representan lo que creo haber vivido con la realidad del presente. Quizás así, al hacer coincidir lo vivido con el presente, mi existencia se complete con su lado inverso. El círculo se cierra. Sólo el cerebro puede establecer esta asociación de pasado y presente. No hay más que un camino para hacerlo. Para encontrarlo hay que cambiar la dirección de la mirada. La verdad, lo mismo que los dioses, sólo pueden estar dentro.

Quizás la verdad de lo que soy es el vínculo que une lo que vivo ahora con toda esa serie de personas que han vivido bajo mi piel en constante metamorfosis. Sin embargo sólo poseo el presente, lo que, si bien se mira es una ventaja, pues el presente es lo único que me arrebatara la muerte cuando llega. Le comento algo de esto a Giorgi. Mis palabras le obligan a regresar de un campo de espigas azules donde canta el arpa del viento. Los niños han construido una casa en el árbol y sueñan sueños de agua y elefantes verdes. Giorgi me mira de arriba abajo y luego me contesta:

-Ni idea de lo que estás hablando, -dice mientras acaricia el reflejo de su rostro en el vidrio-. Sólo sé que somos el tiempo que nos queda.

Un hombre delgado al que se le marcan los pómulos susurra en mi oído:

-¿Le interesan las intuiciones de la infancia?

-Sí.

-Si quiere le cuento la que marcó la mía.

-De acuerdo.

-De niño pensé que las cosas inertes están en realidad animadas por den-

tro. Si las vemos tan quietas es porque disimulan. A veces entraba a hurtadillas en mi cuarto y permanecía inmóvil tardes enteras, como un peluche. Quería ganarme la confianza de los objetos y que me mostraran su vida secreta. Estaba seguro, y aún hoy lo estoy, de que es la mirada humana lo que las paraliza.

Un joven con media cabeza rapada dice:

-Pues yo recuerdo haberme preguntado qué hacía el camión de los bomberos con el que había estado jugando antes de salir de casa mientras yo me aburría toda la mañana en el colegio.

El hombre delgado salta de un tema a otro como si en su cabeza se abrieran y cerraran arbitrariamente las escotillas de los compartimientos estancos. Ahora me cuenta su teoría sobre las letras.

-Un discurso en el que predominan las letras de un solo trazo como la I, la C, la O, es necesariamente un discurso que encierra un pensamiento simple. Por contra un discurso construido con letras de dos o tres trazos como la P, la A, la H es un discurso complejo que manifiesta la sutileza del cerebro que lo produce. Yo he desarrollado una fórmula para establecer, sin apenas margen de error, la complejidad del pensamiento. En primer lugar se cuentan los trazos de las letras y se divide el total entre 3,01, que es el peso específico del cloro. Para contar correctamente los trazos es imprescindible que se utilicen exclusivamente las mayúsculas. El gobierno debería dictar un decreto estableciendo la obligatoriedad de la mayúscula en informes, arengas, homilías, ensayos y, por supuesto, en la prensa.

El hombre delgado calla, pero en su cabeza siguen bullendo multitud de teorías encaminadas a mejorar la estancia del hombre sobre la tierra. Poner la *Biblia* en verso la haría fácilmente memorizable, secar el mar con esponjas permitiría explorar el fondo submarino y aprovechar los recursos minerales. Cada vez que su cerebro genera una idea le brillan un instante las pupilas y se le dilatan las aletas de la nariz.

-Mira.

Ionela ha posado su mano en mi hombro y me indica con los ojos a un hombre que acaba de levantarse del asiento y camina hacia la puerta. El tren ralentiza la marcha y se detiene en un ramal de la estación para liberar la vía principal a un convoy interurbano. El hombre se apea y se acerca a una mujer que espera recostada en una de las columnas del voladizo con una pose entre expectante y hastiada que parece copiada de una revista de modas o de una película antigua. El deseo fue una vez en ella pasión irrefrenable, pero hoy por hoy no es sino un hábito cotidiano, como repasar el rimmel o cortarse las uñas. Su corazón aún guarda las cenizas de la hoguera que le abrasó el pecho y un tibio rescoldo. La mujer es morena, delgada, y viste una gabardina pasada de moda, con unas solapas demasiado grandes. El pelo se le riza sobre los hombros como una cascada de jazmines negros.

-No existen los jazmines negros, -dice Ionela, que ha vuelto a leerme el pensamiento.

-Sí existen, si yo los pienso, -le contesto, y añado algo que guardaba desde

hace tiempo para una ocasión semejante. Ionela me lo ha puesto de molde, así que lo suelto. -Los poetas ejercemos nuestro derecho sobre el alfabeto

El hombre abraza a la mujer y la besa. Es un beso largo y húmedo donde se condensa una pasión vertical para la que no hay apenas espacio ni tiempo. Pasa el convoy interurbano. El hombre vuelve a subir al tren. La mujer se anuda un pañuelo a la cabeza, mete las manos en el bolsillo de la gabardina y se encamina a las escaleras del paso subterráneo.

-Todos los días hacen lo mismo, -dice Ionela con la mirada todavía fija en el hueco rectangular por donde ha descendido ella hacia el subsuelo-. Se besan en silencio y se separan. Yo creo que ella le quiere de verdad, se le nota en la forma de recostarse en el poste. A él simplemente le atrae la clandestinidad del encuentro. Le da mucho morbo eso de tener un amor secreto, y cuando pasen los años y sea un anciano lo contará en la Residencia, o lo recordará en el velador de un café ante una copa de chinchón seco.

Ionela posee una extraordinaria capacidad para proyectar en los otros sus propios sentimientos, pero olvida que el vínculo que nos une a los demás sólo existe dentro de nosotros. Cada cual le asigna a la relación con otro ser humano el grado de realidad o de ficción que le conviene en cada momento, de la misma manera que cualquier lector construye en su cabeza los personajes de Flaubert o de Dostoiewsky.

-Madame Bovary soy yo, -dice Giorgi, que ha cogido el pensamiento por la tangente.

-Va a ser verdad que vivimos en una novela, -dice un anciano malhumorado que parece que no se ha reído en su vida. Tiene el pelo blanco y el entrecejo fruncido de quien siempre está pensando algo que él cree muy profundo, pero que simplemente es aburrido.

-Yo matizaría que la lectura de una novela reproduce las relaciones que establecemos en la vida. La vida es un diez por ciento de realidad y un noventa por ciento de ficción, -le contesta Giorgi, que parece que se va centrando.

Yo no digo nada. Observo a la pareja y vuelvo a mis meditaciones. Algunos pensamientos llegan a mi cabeza revoloteando sobre las cabezas de los viajeros.

Te pasas media vida buscando la verdad y la otra media huyendo de ella.

Me gusta la frase, así que saco la libreta del bolsillo de la camisa y la transcribo. Nunca se sabe para qué puede servir una idea cazada al vuelo.

Cada individuo lleva en su interior todos los individuos.

También escribo esto tan obvio, pero vivimos tiempos en los que hay que constatar una y otra vez lo evidente. Las palabras revolotean por todos lados como vilanos en una tarde de primavera. El tren pasa junto a las ruinas de una antigua abadía cisterciense. Alguien ha tendido una cuerda donde flamean las sábanas al viento.

-Sería interesante imprimir en los pañales de los niños una lista con las posibilidades que ofrece la vida, para que los bebés se fueran acostumbrando a lo que les espera, -dice Giorgi-, que ha leído mis apuntes. Es raro que no se le haya ocurrido a ningún publicista: "Pañales con pensamientos impresos. Para hacer a

su hijo un genio desde pequeño”. Estos pañales serían obligatorios en las escuelas experimentales y en los colegios bilingües, donde hay tanto nivel.

-La frase que yo pondría en el frontispicio del templo -dice Kasia- sería *Quien ha visto el presente, lo ha visto todo. Lo que ha surgido de la eternidad y lo que permanecerá hasta el fin de los tiempos tienen un mismo origen y un mismo aspecto.*

El tren reduce la velocidad y se detiene en la siguiente estación. Los trabajadores que aprovechan para dar una cabezada antes de la jornada laboral abren un ojo. Todos los párpados se levantan al mismo tiempo, como si los accionara un mecanismo idéntico. Algunos obreros se desperezan y recogen sus cosas. Otros se arrebuja y continúan durmiendo.

-*La semilla incluye la plenitud, pero también la caducidad del árbol* -insiste Giorgi, que está encantado cazando frases al vuelo. Ésta, en concreto, se le ha metido por el oído derecho. Yo dejo las frases voladoras y continúo escribiendo.

“En el límite de mis recuerdos está una tapia que delimitaba una suave colina plantada de olivos”.

Levanto la mirada y medito con los ojos fijos en la línea del horizonte. Ionela tiene razón. Cualquier línea es una escisión y un lugar de encuentros. Empieza a amanecer. La luz emerge tras los cerros como un semicírculo de límites imprecisos que torna lívido el cielo. En unos minutos las nubes cambiarán de color y sus panzas enrojecerán para anunciar que un día más se produce el milagro. Cada amanecer el mundo se abre a los hombres como una fruta madura. De nuevo la luz descenderá del cielo y ordenará las tinieblas. Un día más se aplaza la condena. Un día más el tiempo se detiene al borde del abismo en cuyo fondo aguarda pacientemente la noche eterna.

Escruto el horizonte. Hacia el Este se adivina una ciudad edificada en la llanura y junto a ella una fábrica de cemento. Antiguamente las ciudades crecían alrededor del campanario en círculos concéntricos, como los anillos de los árboles. Los hombres eran seres errantes que deambulaban por la superficie de la tierra hasta que su dios marcaba el lugar del asentamiento con el dedo. *Aquí termina el éxodo*, decía el dios con voz cavernosa acompañada de algún que otro trueno. Entonces los hombres ofrecían sacrificios, erigían una torre y edificaban un templo para que también su dios se sacudiera el polvo de las sandalias y descansara de tanto castigar la deslealtad de los hombres.

Una mujer recorre el pasillo del tren murmurando poemas que parecen ensamblados con imágenes fragmentadas de sus sueños. Se le vidrian en los ojos las aristas de un dolor que siempre cristaliza con forma de calidoscopio.

La tarde se recuesta en las barcas que yacen varadas en la playa con la quilla al cielo, como enormes insectos.

La mujer camina descalza y se abraza a sí misma como si se meciera. Cuando llega al final del tren, regresa. Sus pies desnudos trazan un laberinto en el polvo. Alrededor de su cabeza gira una espiral de palabras donde, si te fijas

bien, se reflejan los ojos amarillos de la muerte.

Extiendo el brazo y brota en el aire, como una prolongación de mí mismo, un niño que escribe en un cuaderno de papel cuadriculado. Está sentado en el suelo de la cocina y ha abierto la puerta de la nevera. Es de noche y todos descansan en la casa. Una franja de luz amarillenta atraviesa la oscuridad y se posa en el cuaderno. El sintasol desgastado del suelo se levanta por las esquinas. El niño apoya el papel en las rodillas y escribe mientras los demás duermen:

Hasta donde llegan mis recuerdos había una ciudad erigida en la colina, y más abajo, hacia la vega, un monasterio derruido rodeado de un muro. Don Adolfo, el maestro, decía que se podía rastrear en él la historia de la comarca, y que los cimientos eran, sin duda, de la época de los romanos. Había tramos de mampostería y otros de ladrillo. El lienzo primitivo estaba orientado al Este y en él quedaban indicios de tres o cuatro postigos cegados. Debían ser antiguas puertas por las que los monjes accedían a la huerta. El monasterio fue durante un tiempo hospital de pobres y luego, manicomio. Algún abad juicioso pensó que mal asunto era ése de multiplicar las salidas en un hospital psiquiátrico, donde ya de por sí los cerebros se desaguaban por cualquier fisura, y las había tapiado. Hasta donde llegan mis recuerdos, sé que había una palabra mágica que abría los postigos cegados en el muro, pero nunca fui capaz de pronunciarla

El tren atraviesa los polígonos industriales y cruza el río sobre un puente de hierro. La espuma se acumula en el remanso donde crecen los álamos y cubre los desechos que arrastra la corriente. Ninguna ninfa teje historias de desamor en sus orillas. En una de las márgenes, un poblado de chabolas ofrece el reverso salvaje del urbanismo contemporáneo. Las calles, trazadas al libre albedrío del patriarca que ejerce su oficio extendiendo el garrote con un gesto cañí de Moisés bíblico son la replica nacional a las teorías de Le Corbusier y la Bauhaus. Las parcelas que se integran perfectamente en la orografía caprichosa de los escombros contradicen el cartabón y la plomada. Aquí no queda ni rastro del ángulo recto ni del racionalismo sosegado de los agrimensores ilustrados. Dejo de escribir y levanto la vista. Un adolescente de unos diecisiete años se ha sentado frente a mí. Lleva una camiseta negra con la efigie de Iron Maiden y pantalones de cuero. Se ha taladrado el cuerpo con imperdibles y pendientes. Un clavo le atraviesa la ceja. Mientras habla me muestra con orgullo los tatuajes que adornan sus antebrazos.

-Aquí donde me ve, a mí en realidad la música que me gusta es la de Telemann, pero eso no puedo decirlo en el barrio. Yo creo que me cambiaron en la maternidad y ahora me toca vivir la vida de otro. También me gusta leer poesía, pero que nadie se entere.

El joven clava en mí la mirada de hombre duro que ensaya todas las mañanas frente al espejo. Cruza por sus ojos, como un hilo de luz, la diagonal de una herida que aún supura bajo la quincalla que taladra su cuerpo. Yo permanezco en silencio. No sé qué es, quizás el flequillo o la forma de mover las manos, pero hay algo en mí que vuelve a la gente autobiográfica.

-Trabajo en una ferretería, escucho rock duro con los amigos, hago kick

boxing, me inflo a cervezas, pero por las noches, cuando todos duermen, me voy a la cocina y leo los libros que saco a escondidas de la biblioteca. Algunos días escribo en mi cuaderno. Y tú, ¿qué estás escribiendo?

-Una historia.

-¿De qué va?

-No lo sé. De lo que veo, de lo que me cuentan, de lo que no comprendo, de lo que se transforma irremediabilmente y también de lo que está fuera del tiempo.

-Escribe que en mi cabeza todo se confunde porque todo se conecta. A los seis años dibujé un conejo blanco saltando en la nieve y me llevaron al psicólogo del colegio. Les dijo a mis padres que estas cosas pasaban porque leía libros demasiado avanzados, que hicieran el favor de poner más cuidado.

Estoy a punto de decirle que los conejos blancos sobre la nieve contienen, como el alma o la espalda, una materia sólo visible a algunas miradas. El joven se termina la lata de cerveza de un trago, la arruga con la mano y se marcha. Antes de irse, pronuncia una frase enigmática:

-Nadie podrá convencerme de que ahí fuera, en algún lado, hay una vida más tangible y más real que el amor.

Dos hombres maduros ocupan el compartimiento cercano. Hablan sin descanso para evitar que el silencio se detenga en una delgada lámina que los refleje tal y como son. Intuyen que el silencio es un espejo donde te contemplas como eres contemplado. Se sientan el uno frente al otro, acercan las cabezas y conversan en un susurro. No puedo evitar oír sus palabras, que llegan amortiguadas y difusas, como si atravesaran un muro de niebla.

-Cuando lo descolgaron aún la tenía tiesa.

-Dicen que donde se derrama la leche del ahorcado crece la mandrágora.

-Y que las brujas usan la sogá para sus conjuros.

-Aquí no hay sogá. Éste se colgó del cinturón.

-Oía voces, y en el parque abría los brazos como Nuestro Señor Jesucristo. Asustaba a los niños.

Un breve silencio mientras las cabezas buscan con desesperación otro tema. Por fin alguien lo encuentra.

-En los años con trece lunas las personas a las que dominan sus emociones sufren graves trastornos.

-Los campos de golf consumen mucha agua.

-Y las pistas de tenis.

-Donde hace frío de verdad es en Teruel.

-Teruel, 1937.

Los dos conversadores se diluyen en la neblina de sus propias palabras enredados en el eco de su conversación perpetua. Hay quien es capaz de hacer cualquier cosa con tal de no reconocer la belleza que encierra la aceituna que se pudre en el árbol y humildemente regresa a la tierra, hay quien hace cualquier cosa con tal de no confesar que la muerte purifica en unos pocos elementos químicos la complejidad de la conciencia.

Se sienta junto a mí un anciano de mirada estrábica. Cada uno de sus ojos parece dotado de movimiento autónomo, lo que le da el aspecto de un camaleón sabihondo. El anciano camaleón se pasa la mano por el cráneo desnudo. Lo hace con delicadeza, como si temiera que la mínima presión de los dedos fuera a quebrar el hueso, al que el roce con el tiempo ha adelgazado hasta la transparencia.

El anciano se envuelve en la bufanda y baja del tren. En el hueco del espacio que ha ocupado queda latiendo una emoción fragmentada, apenas el pálpito de una experiencia desgajada de la memoria. Pienso que, como en tantos casos, nadie transformará esta emoción en un poema. Para ello hay que ser paciente como una abeja, y los camaleones no suelen serlo. A ellos sólo les gusta la música de Mozart. Recojo el retazo olvidado en mi libreta. Quién sabe si a partir de este sentimiento mutilado se puede reconstruir una existencia tan prescindible o tan trascendente como cualquier otra existencia.

La Meseta parece el fondo de un mar prehistórico. Me gusta salir del pueblo por el sendero de la cantera y pasear pensando que camino entre las algas. A veces tomo la senda del cerro y subo hasta el depósito. Allí me siento en una piedra y leo. Cuando bajo al pueblo ya están encendidas las farolas.

La niebla se pega a la tierra como si emanara de ella. El tren traza la curva que conduce al llano. Por encima de la bruma los cerros se recortan contra el cielo azul cobalto. Miro hacia arriba y siento como si cayera. Venus parpadea unos grados por encima del horizonte, y de su pubis luminoso desciende la sutil tela de araña donde se enredan los hombres.

El tren se detiene en medio de la vía. Poco después los operarios pasan hacia el vagón de cola. Uno lleva una linterna y el móvil en la oreja. El otro ha cogido una llave inglesa. Alguien dice que se ha caído una catenaria y que la avería va para largo. El sol empieza a calentar y no funciona el aire acondicionado. Se habla de salir a buscar agua, y de organizar partidas de caza, pero nadie se mueve de su asiento.

Un anciano de largas barbas recita con parsimonia eclesiástica los preceptos que lee en un libro de tapas de hule. Entre estas tapas Dios ha quedado reducido a un reglamento de castigos y faltas.

No morirán los padres por culpa de los hijos ni los hijos por culpa de los padres. Cada cual morirá por su propio pecado.

-En mi familia hay varios profetas, -dice Giorgi mientras señala al hombre con el pulgar.

-Un antepasado mío fue encadenado por la cintura en un patio. Todos los días venía una monja y le leía el Evangelio, -apunta Ionela.

Se apoderó de Saúl un espíritu malo de Yahveh.

El tren avanza por la llanura. Alguien ha degollado un cordero y su sangre se extiende lentamente por el suelo como la sombra de una nube resbalando por el prado. Algunos creen que el alma está en la sangre. Yo más bien creo que se escurre del dedo meñique, que pende amarillo, casi traslúcido, del borde de la

cama. Los viajeros que se bajan dejan tras de sí un rastro de sangre en los andenes.

Giorgi, que me hablaba de su difícil relación con el encargado del almacén de maderas donde trabaja, se detiene bruscamente, como si la imagen asociada a un pensamiento dormido le hubiese taladrado repentinamente el cerebro.

-Desde niña me ha fascinado la muerte. Siempre me ha parecido bella, solitaria y bella. Sin embargo los adultos nunca hablaban de ella. Prefieren los números a las emociones. Todo lo que no se puede medir con precisión, no interesa. Quizás por eso los adultos nunca hablan de lo que les inquieta. Piensan que cuando no nombras algo es como si no existiera. El nombre es lo que hace a la rosa, y si nadie la menciona sus pétalos se deshacen en un cuenco polvoriento. Cuando me enteré de que la muerte bailaba, decidí bailar con ella. Busqué una cuerda, me la anudé al cuello y me colgué de puntillas en el perchero. Luego me balanceé hasta el umbral de la asfixia. Primero fue la angustia. La vida se negaba a abandonar mi cuerpo con todos los medios a su alcance. Cuando conseguí relajarme tuve una sensación cálida en los huesos. Era algo tibio y húmedo, como un regreso.

Quien habla es Kasia, una ucraniana que vino a España con un contrato de trabajo en una gasolinera sospechosamente situada junto a un club de carretera.

En el otro extremo del vagón una mujer se cuelga el bolso y entristece los ojos. Mientras recorre el pasillo, contorsiona el cuerpo en un escorzo fúnebre y canta, canta hacia dentro una canción sobre un sauce enfermo. Algo se le ha quebrado en el alma y el eco de la rotura le ha abierto una vieja herida que creía cerrada. Si la mujer mirara hacia atrás vería cómo la herida va abriendo una grieta que llega hasta la infancia. La mujer no se acuerda, pero un día despertó a la vida, y la realidad empezó a roerle los huesos sin ella saberlo. La mujer baja del tren cantando como si se despidiera.

Oh, salice.

Los dos hombres del compartimiento contiguo prosiguen su lucha incansable contra el silencio

-Me gustan los árboles.

-Son lo mejor para ahorcarte.

-Colgarte del cuello es una excelente forma de que se te ponga tiesa, mucho mejor que la viagra

-Donde se derrama el semen del reo crece la mandrágora. Por eso chilla cuando la arrancas.

-Si eliges un olmo, mientras agonizas puedes contemplar en la corteza un sinfín de caminos donde se entrecruzan los universos paralelos.

El profeta ha olvidado en el vagón algunas frases, que siguen resonando en el vagón como un fulgor incandescente.

Por eso ha encendido la ira de Yahveh contra su pueblo.

El sol se desprende de la niebla. Primero es un disco pálido que se va tinto de rojo sangre hasta transformarse en una gigantesca yema.

Todo lo que necesito saber no está fuera de mí, sino incrustado en mi cerebro.

Dicen que entrar en una biblioteca es como penetrar en un inmenso cráneo. No sé. Quizás las ideas se liberan de las cabezas, o se forman con retazos de palabras en alguna oculta región del alma. Veintisiete letras combinándose incesantemente generan muchos pensamientos. Me gustan las revelaciones porque lo iluminan todo desde dentro y dejan en el aire un temblor de luz y un palpito de sangre en las pupilas. Las palabras me atraviesan y abandonan mi cuerpo envueltas en la mirada. Las veo continuar su vuelo en busca de otros cerebros. No hay duda de que quien contempla el presente lo contempla todo. Lo que veo tiene la misma esencia y el mismo origen que lo que ha sido y que lo que será. Todos los pensamientos, todas las emociones se despliegan ante mí cada vez que miro lo que me rodea, que es lo mismo que mirar hacia dentro. Me pregunto cuántas maneras hay de esparcir el pensamiento. La más radical es introducir el cañón de un arma en la nariz, apretar el gatillo y diseminar de su solo disparo el cerebro.

Una de las claves para determinar qué es la realidad es la mirada. Todos miramos lo mismo pero no todos vemos las mismas cosas. Alguien debería preguntarnos de cuando en cuando ¿qué ves cuando miras? Hay quien percibe la mágica belleza de un vertedero y otros pasan junto a un cuadro de Caravaggio contando las losas del suelo.

-Es probable que sólo esté capacitado para ver lo que está en mi ojo. Quizás la realidad externa no sea sino un reflejo deformado de lo que hay dentro de mí, donde se almacena el mundo en forma de semilla.

Giorgi se rasca una oreja. Le ha quedado bien la frase. Sonríe satisfecho y se dispone a continuar, pero se le adelanta Kasia, que cimbrea el talle con coquetería centroeuropea:

-Pues lo que a mí me pasa es que me invento a los otros. Conozco a alguien y le encasqueto una personalidad imaginaria que sólo está en mi mente. Así me va, que cuando me despierto me encuentro cada cosa en la almohada que da susto. -Kasia se detiene y busca las palabras-. Estoy tonta, no tengo cerebro.

-El cerebro no lo es todo, -la anima Giorgi.

El compartimiento cada vez se parece más a un círculo de filosofía ferroviaria o a una tertulia radiofónica en la que participan a discreción los distintos personajes que van brotando de mi interior. ¿Cuánta gente habita dentro de mí? La respuesta a esta pregunta es un misterio. Lo que es seguro es que si viviera en Palestina en el año 33 sería el endemoniado de Gerasa. Me habría poseído un demonio múltiple y sólo me quedaría esperar que Jesús tuviera a bien hacerle salir. Entonces se encarnaría en una piara de cerdos que correría enloquecidos a arrojarse por el acantilado, lo que prueba que Gerasa era puerto de mar aunque

en la actualidad se encuentre a veinte kilómetros de la costa. Pero en el siglo XXI no hay demonios, sólo síndromes. El síndrome de personalidad múltiple es el que mejor encaja conmigo. Me pregunto cuánta gente vive dentro de mí. Me pregunto si debería numerarlos, o al menos hacer un esquema.

-¿Dónde hurgar en busca de la vida?, -pregunta repentinamente Giorgi, al que siempre parece mover un impulso irreprimible-. Para mí hay dos posibilidades, que la vida esté condensada en el cerebro propio o que se halle diseminada en los cerebros ajenos, como los trozos del mapa de la isla que los piratas han de reunir antes de emprender la travesía. El primer supuesto implica que todas las cosas están entrelazadas por un vínculo sagrado, que la unidad y la esencia no son una invención de los hombres para conjurar el miedo. El trabajo entonces es un trabajo de introspección. En el segundo supuesto todo es un puto caos. Las cosas flotan desperdigadas e inconexas. La vida se convierte en un puzzle en el que las piezas no encajan. Dentro de mí no hay sino un hueco y la mirada ha de dirigirse hacia fuera.

-Dentro es fuera, -dice Ionela, que está familiarizada con las contradicciones esotéricas.

-Sorber la masa encefálica como quien chupa la cabeza de un carabinero, o desprender la delicada carne de las ostras. That is the question,- le digo a Giorgi, que me mira como si me hubiera crecido una segunda nariz en el entrecejo

La conversación se ha descontrolado y todos intervienen a la vez diciendo lo primero que les dicta la neurona más cercana. En mi mente no hay pensamientos, sólo imágenes, la imagen de un río donde flotan diminutas cabezas que han reducido los indios. Me pregunto si estoy viviendo el sueño de la razón. A lo mejor Giorgi, Kasia y Ionela son los monstruos que genera mi mente, una especie de excrecencia del pensamiento.

-Los crustáceos son animales sorprendentes, -tercia Kasia, que le estaba echando las cartas a una anciana preocupada por los exámenes de su nieta-. Me gustan los que son todo cabeza, como los centollos. El centollo es la manifestación del minimalismo de la naturaleza: ocho patas alrededor de un cerebro. No se necesita más. Eso es todo.

-A mí me van más los cefalópodos, -apunta Ionela, que estudió dos cursos de Biología en su país antes de venir a España a doctorarse fregando escaleras. -Un órgano para pensar y ocho extremidades para desplazarse. Piensas un rato en un sitio y luego te desplazas un poco para seguir pensando lo mismo, pero desde otro punto de vista.

-Ya, pero la cuestión es, ¿en qué piensa un centollo? Ítem más, ¿realmente un centollo dispone de una personalidad estructurada? -se preocupa inútilmente Kasia.

Giorgi, Ionela y Kasia se desvanecen. Dudo ahora si sus voces, que escucho con cruel nitidez, y sus conversaciones inevitables y absurdas, serán la prueba científica de que estoy loco. Siempre se ha dicho eso de los chalados: habla solo, escucha voces, ve cosas raras. En mí se cumplen las tres circunstancias. Continúo el viaje en silencio atrapando al vuelo los pensamientos que flotan en

el aire. Pensamientos delicados y metálicos como los recuerdos, pensamientos ingrátidos como los sueños.

Un hombre pequeño y robusto camina por el pasillo en dirección contraria a la marcha. Cuando llega a mi altura se detiene. Me mira de soslayo y duda. Ha enlazado las manos bajo el vientre y desplaza el peso de su cuerpo alternativamente sobre una pierna y sobre la otra. Finalmente se sienta a mi lado. Cuando se quita la gorra deja al descubierto una calva redonda y brillante como una cebolla.

-No quisiera entrometerme, -el hombrecillo estruja la gorra entre sus manos,- pero no he podido evitar fijarme en que lleva usted un buen rato escribiendo y me gustaría contarle mi historia, si no tiene inconveniente.

El hombrecillo calla. Me mira de reojo para calibrar el efecto que causan en mí sus palabras. Se resiste a desvanecerse como el humo de cualquier otro pensamiento y no quiere abandonar el mundo sin dejar tras de sí el rastro, siquiera mínimo, de su paso por él. Seguramente ignora que su rastro es el rastro de un caracol entrelazado con millones de rastros. Lleva años buscando a alguien que le escuche. Se quedó huérfano de pequeño y no pudo ir a la escuela, pero tiene una sólida formación autodidacta. Quiere contar su historia, aunque sea a un cuaderno, quiere que alguien la escriba porque las palabras se las lleva el viento. Le invito a que se siente.

-Mi vida se justifica por un sueño que me ha acompañado desde que tengo memoria. En ese sueño soy un niño que está en el dormitorio del piso de arriba esperando a que suba su madre a darle el beso de buenas noches. La madre está abajo, en el salón donde se celebra el baile. Los hombres llevan uniformes de húsar. Las mujeres se han apretado el talle y lucen con generosidad el atractivo del escote. Mi madre sube para besarme. Oigo sus pasos en la escalera sobre una polca lejana, pero antes de que entre la habitación se inunda de una luz blanquísimas y siento en la cara una brisa de espíritu y un temblor de huesos, como si Dios me acariciara con su aliento.

“Al día siguiente es sábado. Hemos ido al centro comercial. Hay mucha gente. Los pecados cuelgan de las cabezas de los hombres y forman tirabuzones retorcidos como escolopendras. Subo por las escaleras mecánicas y en la parte más elevada de la estructura me quito el abrigo y me coloco una corona de espinas que he fabricado con las luces del árbol de Navidad. La gente se vuelve hacia mí y algunos dedos me señalan. Desde mi posición las cabezas parecen manzanas agusanadas en un tonel. Levanto los brazos y se hace el silencio. Las palabras fluyen con facilidad de mi boca, como si fuera otro el que las articulara. Hablo de la ira de Yahveh y del fin del mundo. En mitad del discurso se desplaza el tabique y deja al descubierto una mesa de disección donde hacen apasionadamente el amor un paraguas y una máquina de coser. Los miro y pienso que es más hermoso el amor entre los objetos que entre los seres humanos. El amor entre los objetos es puro. Sin embargo los humanos sudamos y jadeamos como cerdos en busca del orgasmo.

Cuando el hombrecillo termina, se levanta de un salto, saluda con un movimiento de cabeza y se marcha. La luz de neón le brilla en la calva.

-A veces, en casa, me pongo a hojear las guías de las ciudades que aún no he visitado. Me gusta consultar el horario de trenes y viajar con la imaginación por el plano del Metro, - dice Ionela, que siempre ha sido una soñadora.

La ventanilla devuelve mi silueta. Me pregunto si la imagen quedaría impresionada en los fragmentos del cristal si éste saltara en mil pedazos. Pienso en los vampiros, y en quienes tapan los espejos con una gasa negra cuando muere alguien en la casa.

-¿Qué escribes ahora?,- pregunta Giorgi.

-“Esposaron al hombre y lo metieron en el furgón. La gente se agolpaba en la entrada del Centro Comercial. Durante la estancia en el calabozo entretuvo su tiempo reflexionando sobre la localización exacta de los cementerios marinos.”

-En mi país se dice que los locos venimos del futuro, y que llegamos al presente en una especie de barco volador, -dice Giorgi, que cuando habla abre mucho los ojos, como si cada palabra iluminara un compartimiento de su cerebro.

Una mujer acaricia el lomo de un gato enorme, que ronronea con los ojos entornados. El tiempo se remansa alrededor de ambos y se detiene, como si una inmensa mano se posara en el hombro de la noche. Ionela recuesta la cabeza en el respaldo y deja vagar sus ojos color aceituna por los rostros de los viajeros. A veces repara en algún rasgo concreto que resalta en su sensibilidad con la nitidez con que una mosca destaca en un plato de nata. Entonces busca en la comisura del labio, en el perfil de la nariz, en la inclinación de las cejas la conexión secreta con la herida que atormenta a esa persona por dentro. Ionela no lo sabe, pero lo que hace en realidad es mirar en los demás su propia herida. Giorgi también ha apoyado la cabeza en el respaldo y me mira. Mi cabeza, entretanto, no para de segregar historias fragmentadas, retazos de muchos relatos inacabados o de una única narración inconexa.

“Aquella noche, en el calabozo, me asaltaron las más delirantes visiones. Recuerdo un puerto con barcos, una noria, y unos seres diminutos y compactos, parecidos a figuras de ébano, que descendía como un alud por la ladera de mi sueño. Me soltaron por la mañana. El comisario me habló de mis responsabilidades como ciudadano, me dio un caramelo de menta y unas palmaditas en la espalda. Parecía un buen hombre.

“-Y ahora, a portarse bien, ¿eh?

“-Sí, señor comisario.

-Yo pasé tres meses en el subsuelo, -dice un hombre de cabeza redondeada y facciones marcadas.

-¿Y por qué hiciste eso?,- interrumpe Giorgi, al que la conciencia de lo subterráneo ha endurecido inesperadamente las facciones.

-No lo sé, pero la idea me martilleaba constantemente el cerebro. Aún así, me preparé sin prisas y a conciencia. Conseguí un traje de neopreno de segunda mano y compré una lámpara de carburo en el Rastro.

“Un miércoles de madrugada metí todo lo necesario en un macuto y bajé a la calle. Forcé el candado de una trampilla de la compañía eléctrica y descendí los escalones. Al principio caminaba con cuidado, midiendo cada paso. La lámpara pendía de mi brazo como el pedúnculo luminoso de un pez abisal y me inscribía en el centro de una esfera luminosa. Me sentía como una especie de burbuja de luz en la inmensidad de las tinieblas.

“En seguida me desorienté y poco después perdí la noción del tiempo. Llegué a una galería que discurría junto a un canal más ancho y empecé a sentir una caricia en los tobillos, como si caminara entre algodones. Me detuve y agucé el oído. A la luz de la lámpara vi que lo que me rozaba era el rumor de voces arrastradas por el agua, un murmullo que se desprendía de los sueños y descendían hasta las cloacas por los desagües.

“-Era miércoles y la tarde se posaba como una gacela verde.

“-Nunca debí haber dicho aquello.

“-No, por favor, el vestido amarillo no.

“-Has de copiarlo cien veces: «Los prados azules no existen».

“Las obsesiones de los durmientes fluían por el canal hacia el lugar común donde conviven los sueños. Miré hacia arriba y vi el dorso de infinitas almohadas y unos colmillos finísimos que trepanaban los cráneos.

-Los sueños no descienden por las cañerías, sino que ascienden a la luna, donde los atrapa en redomas de vidrio el Domador de Sueños, -dice Kasia.

La luna se acerca al horizonte. Deja tras de sí una estela metálica que vibra levemente como el estertor de un ahogado. El sol, por su parte, se eleva inexorable y ya es un fulgor sin contorno que atraviesa las cosas y las despoja de su sombra. Detengo el lápiz y levanto la mirada. El tren avanza como una nave de bruma por esta tierra sin cordilleras y sin túneles transportando en su vientre las cenizas que dispersará la brisa de los más lejanos archipiélagos. Giorgi me toca en el brazo y me despierta de mi letargo.

-Escucha esta historia. Es buena para tu libro. Ocurrió de verdad. Había un hombre que decía que los azulejos de los váteres contenían mensajes cifrados. Lo conocí en Moldavia. En cuanto llegaba a un bar pedía una cerveza y se iba al servicio. Llevaba siempre una cámara de fotos. Decía que todos los lavabos del mundo están conectados por misteriosas conducciones. Una vez me invitó a su casa. Vivía en una buhardilla del Barrio de las Artes. Las paredes estaban cubiertas de fotos de retretes. Sobre ellas había dibujado las conexiones, que eran de distintos colores, según la importancia que le asignaba un misterioso código. El resultado tenía la extraña belleza de las instalaciones eléctricas y los planos del metro. Este hombre trabajaba conmigo. Un día resbaló del tejado y se partió el cuello.

-A mí me encanta echar una gota de pintura en un vaso de agua y observar cómo se mueve. La pintura en el agua es una forma orgánica que se expande como un universo. Cuando la miro tengo la sensación de que dentro de mí se mueve una mancha idéntica, que gira dentro de mí en sentido inverso, -dice

Ionela.

Cae la tarde o amanece, nunca lo tengo muy claro. El sol se enrojece sobre la llanura como la lágrima de algún sacrificio inconfesable. El horizonte es una inmensa ola donde se paraliza la secreta tormenta de la tierra. La vía discurre junto a unos cerros de perfil redondeado que recuerda la forma de un cuerpo tendido y yerto. Es mediodía, pero la noche palpita tras las colinas y se apresta con paciencia a desbordarse sobre las cosas.

El trozo de cielo que se ve tras la reja del desagüe o el que delimita el brocal del pozo es el mismo cielo. Es probable que todo ocurra en mi interior, es probable que lo que late más allá de la piel no sea sino un inmenso vacío poblado de obsesiones. La vida es la misma desde el fondo del vaso o desde la cumbre nevada del Himalaya . Todo se reduce a un cambio de perspectiva.

-Dios ha abandonado a los hombres.

Giorgi insiste en seguir hablando cuando ya todo es inútil, cuando sólo es posible el silencio. Sus palabras llegan algodinosas y blandas, como un eco que se pierde entre el azul del cielo y la cima de la última montaña.

La conversación se amortigua en mi cabeza. Miro por la ventanilla. Alguien ha arrancado los olivos plantados en el cerro. Siento un ligero picotazo en la vena y unas manos que me auscultan el pecho. En unos instantes todo será sombra de abedules bailando en el rostro y sueño eterno. Antes de abandonarme escribo en la mente las últimas palabras.

“El tren se detiene en una vía muerta y queda varado como un enorme cetáceo en una plataforma de hormigón, que recuerda el rompeolas de la playa o el rincón de las citas furtivas en el malecón del puerto. El óxido carcome los herrajes bajo la pintura. Los viajeros han bajado. La vegetación de la meseta invade la vía y en unos pocos días la engullirá por completo. Es sólo cuestión de tiempo”.

Juan José Cabedo Torres